

aquel que repetidas veces le había librado de la muerte; se unió con el arcediano de la ciudad y entre ambos trataron de matar al obispo, á fin de reemplazarle uno de ellos en la silla episcopal. Sobornaron, pues, á un clérigo para que le matase con una hacha de doble filo; tuvieron conciliábulos, buscaron ocultamente aliados, prometiendo grandes regalos, si, muerto el obispo, llegase á sucederle en el obispado el arcediano; pero la misericordia de Dios inutilizó su traición y con su amor acudió presto al auxilio para impedir la crueldad de estos hombres criminales. Un día que el obispo tenía operarios abriendo surcos en el campo, siguióle sin que lo sospechara el mencionado clérigo con el hacha; pero al fin el obispo paró la atención y le dijo: «¿Por qué me sigues con tanto empeño con esa hacha?» Entonces espantóse el clérigo, abrazó las rodillas del obispo, y dijo: «No temas, sacerdote del Señor. Sabe que he sido enviado por el arcediano y el preceptor para matarte con esta hacha; pero cada vez que iba á hacerlo y he levantado el brazo, se me ha oscurecido la vista, se me han tapado los oídos, todo mi cuerpo ha temblado, la fuerza ha abandonado mis manos y no podía hacer lo que quería, y cuando he dejado caer las manos no he sentido ya ningún mal de éstos. Así he conocido que el Señor está contigo, porque no te he podido hacer ningún daño.» Cuando oyó esto el obispo, vertió lágrimas, y después de recomendar el secreto al clérigo, volvió á su casa y se puso á la mesa y después echóse á descansar en su lecho, al rededor del cual estaban las camas de muchos clérigos (1).

»Los otros desconfiaron ya del clérigo é imaginaron nuevos planes para matar al obispo ó por lo menos imputarle cosas que le hiciesen perder su obispado. Cuando todos estaban descansando, hácia la media noche, penetraron con grandes gritos en la estancia del obispo, diciendo que habían visto salir una mujer, á la cual habían dejado escapar, para correr en seguida á donde estaba el obispo. Fué verdaderamente obra y consejo del diablo imputar semejante liviandad á un hombre de la edad del obispo, que era casi septuagenario. En seguida unieronse otra vez con el ya mencionado clérigo y el obispo fué atado y puesto preso por el mismo hombre á quien él había librado diferentes veces de las cadenas y sacado de asquerosos calabozos; pero viendo que sus enemigos eran los mas fuertes y que estaba en cadenas, invocó llorando á Dios misericordioso, y de seguida venció el sueño á sus guardas, las cadenas cayeron por la intervención de Dios y el inocente que á tantos culpables había libertado, salió del calabozo y huyó al territorio del rey Gontran. Entonces se unieron los conjurados con mas libertad y acudieron al rey Chilperico, levantando muchas acusaciones contra el obispo, solicitando el obispado y añadiendo: «Puedes conocer, oh glorioso rey, la verdad de lo que decimos, por la huida del obispo al territorio de tu hermano, porque teme ser condenado á muerte por sus crímenes.»

Ya sabemos que la emigración de un súbdito sin permiso de su soberano á otro país era ya en sí un crimen que solía ser castigado como la fuga de un esclavo.

«El rey, sin embargo, no los creyó y les mandó volver á su ciudad. Mientras tanto los vecinos de la ciudad, afligidos por la ausencia de su pastor, se convencieron de que cuanto había pasado á éste había sido inspirado por la codicia y la envidia; y así prendieron al arcediano y á sus cómplices, los maltrataron y suplicaron al rey que les restituyera su obispo. El rey envió mensajeros á su hermano para decirle que ninguna falta había descubierto en el obispo; y entonces el rey

(1) Los cánones prescribían que el obispo tuviese siempre testigos presentes en todos los actos de su vida privada. Véase la carta n.º 44, de Gregorio el Grande. — Ruinart.

Gontran, siempre bondadoso y dispuesto á la misericordia, le hizo muchos regalos, y le dió cartas para todos los obispos de su reino encargándoles que le amparasen y socorriesen en su viaje por amor de Dios, de la manera que pudiesen; y tanto recogió del clero en las ciudades que atravesó, en vestidos y oro, que le costó trabajo de llevarlo todo á su ciudad. Así se cumplió la palabra del apóstol: «A los que aman á Dios, todo les redunda en bien suyo (2).» A su llegada fué recibido por los vecinos con tantos honores, que lloraron de alegría y alabaron á Dios, que había restituido á su iglesia un obispo como este.»

Nada tenemos que añadir á este episodio pintado con tan vivos colores, que nos presenta un cuadro precioso de costumbres de aquel tiempo, y solo llamaremos la atención sobre la nueva prueba que nos ofrece de la justicia que cada uno se hacia por su mano cuando se trataba de asuntos personales y privados, habiendo caído en desuso la romana. Así vemos que los parientes de la barragana del clérigo, siendo personas de cuna libre, probablemente no todos francos, sino que habria alguno romano, persiguen y se apoderan de ambos, queman á la mujer y amenazan al hombre con la muerte, á pesar de ser miembro de la Iglesia, si nadie le rescata, y todo esto sin que nadie, ni el mismo obispo historiador, ni menos el poder real, encuentren nada que decir.

«Lupencio, abad de la iglesia del santo mártir Privado en la ciudad de Javols, fué citado ante la reina Brunequilda, y obedeció. Segun se decía, había sido acusado por Inocencio, gobernador de la misma ciudad, de haber hablado mal de la reina; pero no habiendo resultado de la información ningún crimen de lesa majestad, se le dejó marchar. No obstante, en el camino fué preso por el mismo gobernador, conducido á la hacienda de Ponthion y maltratado allí en gran manera. Puesto otra vez en libertad y continuando su marcha, cayó otra vez en poder del mismo enemigo cuando había levantado su tienda á orillas del Aisne. Allí Inocencio le cortó la cabeza, la metió con piedras en un saco y la arrojó al río. Después ató al cuerpo una piedra grande y también lo arrojó á la corriente impetuosa. Algunos días después salió á la superficie, y visto por algunos pastores fué sacado por ellos, y mientras disponían lo necesario para darle sepultura, sin saber quién era, pues le faltaba la cabeza, llegó súbitamente un águila que sacó del fondo del río un saco y lo depositó en la orilla. Todos acudieron allí, tomaron el saco, encontraron dentro la cabeza y la enterraron con el cuerpo. Dicen que ahora se ve allí una luz enviada por Dios, y que el enfermo que ora con fe junto á aquella tumba se marcha curado (3).

»Murió entonces el obispo de Rhodéz, llamado Teodosio, que había sucedido á San Dalmacio, lo cual dió lugar á tantas pendeencias y escándalos, que aquella iglesia quedó casi sin los sagrados objetos del culto y sin lo que poseía de algun valor. Finalmente fué quitado de enmedio el sacerdote Transobado, y elegido obispo con el apoyo de la reina Brunequilda, el mismo gobernador Inocencio de Javols (laico, y además asesino del obispo Lupencio). Apenas hubo tomado posesión de su cargo, buscó pendeencia á Ursicino, obispo de Cahors, reclamando varias feligresías que decía pertenecían á la iglesia de Rhodéz. El litigio continuó algunos años, hasta que el metropolitano (4) reunió sus obispos en

(2) Carta de San Pablo á los romanos, 8, 28.

(3) En Chalons-sur-Marne se celebra la fiesta de San Lupencio el día 22 de octubre. — Ruinart. Guadet y Taranne dicen que Lupencio debió de regresar cerca de Brunequilda para quejarse del atropello de Inocencio, porque para pasar de Ponthion al Gevandán, su diócesis, no tenía que pasar por el río Aisne.

(4) Era Sulpicio de Bourges.

a ciudad de Clermont-Ferrand y se decidió que no habiendo memoria de que hubiesen pertenecido las feligresías en disputa á la iglesia de Rhodéz continuarían formando parte de la diócesis de Cahors, y así se cumplió.

»También murió en aquel tiempo el obispo Remigio de Bourges. A su muerte siguió un terrible incendio que destruyó lo que se había salvado de los furios de los enemigos. Después fué elegido Sulpicio obispo de la misma ciudad, bajo los auspicios del rey Gontran, que contestó, segun dicen, á los muchos candidatos que solicitaban con regalos el obispado: «Bajo mi reinado no se acostumbra á ceder los obispados por dinero, ni para vosotros es honroso adquirirlos por compra; así no llevaremos la mancha vergonzosa de codiciosos y no se nos podrá comparar con Simon el Mago. Sulpicio será vuestro obispo conforme Dios lo ha dispuesto ya.» Así, pues, Sulpicio entró en la carrera eclesiástica y recibió el obispado, porque siendo vástago de una de las primeras familias senatoriales de la Galia era muy instruido en todas las ciencias retóricas, y en el arte poética no cedía á nadie (1). El fué quien convocó el sínodo de que hablamos para zanjar la cuestión de las feligresías pertenecientes á la diócesis de Cahors.

»Entonces vino de España un embajador llamado Opila, que trajo muchos regalos al rey Chilperico, porque el rey de España (2) temía que el rey Childeberto llamase á las armas á sus guerreros para vengar el insulto hecho á su hermana. Leovigildo había puesto en prisión á su hijo Hermenegildo, casado con la hermana (3) de Childeberto, que había quedado en poder de los griegos.

»Sabedor también Chilperico de que su hermano Gontran se había aliado con su sobrino para arrebatarle las ciudades de que se había apoderado á la fuerza, marchó con todos sus tesoros y cuanto pudo llevar fácilmente á la ciudad de Cambrai, enviando también órdenes á los caudillos de las fuerzas y á los gobernadores de las ciudades para que restauraran las murallas de cada una, pusieran á salvo en el interior sus bienes muebles con sus mujeres é hijos y resistieran en caso necesario varonilmente á fin de que los enemigos no pudiesen causarles daño, y añadió: «Si algo perdéis lo recuperéis con creces cuando nos vengamos en nuestros enemigos.» No se acordaba de que las victorias están en la mano de Dios. Varias veces convocó sus huestes, pero siempre dió contraórden antes de que salieran de sus territorios.»

Se vé que el arrojó guerrero de Clodoveo no se había transmitido á este Merovingio, falaz, brutal y sanguinario.

«Entonces nació un hijo (4), á quien hizo criar en la hacienda de Vitry, «á fin, dijo, de que no le pase algun mal y muera, conforme se ven casos.»

El rey Childeberto efectuó entonces su marcha á Italia; pero se arregló amistosamente con el rey de los longobardos Antario, hijo de Clefo, al contrario de lo que dice Gregorio de Tours en el libro VI, 42: «Cuando lo supieron los longobardos temieron una gran derrota, y le hicieron grandes regalos con la promesa de sumisión y fidelidad.»

Paulo Diácono nada dice en su libro III, 17, de tal sumisión, si bien en lo demás sigue la relación de Gregorio. Hay que saber que Gregorio, á pesar de tener por bárbaros extranjeros á los francos bárbaros, mira con antipatía á los visigodos, borgoñones y longobardos, como á todos los ger-

(1) Llamábase Sulpicio Severo, pero no es el escritor Severo Sulpicio que Gregorio de Tours cita repetidas veces al principio de su obra.

(2) Nótese que Gregorio ya no dice: el rey de los visigodos, sino de España.

(3) Inguntha.

(4) Clotario II, que reunió posteriormente bajo su cetro todo el imperio franco.

manos del otro lado del Rhin y á los demás enemigos del imperio franco, que era el de su país, á lo cual se agregaba que los francos eran católicos. Esta especie de patriotismo de los galo-romanos y la unidad religiosa fueron las dos palancas que facilitaron la disminución del contraste entre los rudos vencedores y los vencidos cultos, y la fusión final de los dos elementos.

«Cuando Childeberto hubo logrado de esta manera su objeto, regresó á la Galia. Después volvió á convocar su hueste para enviarla á España, pero luego renunció á esta empresa.

»Algunos años antes (probablemente en 582) había recibido del emperador Mauricio 50,000 áureos para expulsar á los longobardos de Italia; y cuando el emperador supo que Childeberto había hecho la paz con ellos reclamó el dinero; pero el rey, confiando en su fuerza, ni siquiera quiso contestar.»

Era esta una de las tantas transacciones muy propias de los francos, y especialmente de los Merovingios, como había sido la efectuada treinta años antes entre el gobierno de Constantinopla y los ostrogodos; y bien puede admitirse también como cierto que Childeberto y sus caudillos regentes, así como habían tomado dinero del emperador, lo tomaron también de los longobardos, sin hacer mas que una alegre expedición de rapiña. De nada valieron al emperador y á los suyos ni sus quejas amargas ni su indignación (5).

«En este año se vieron en la Galia muchos prodigios y calamidades. En el mes de enero florecieron las rosas; al rededor del sol se vió un gran círculo de los mismos colores del arco iris; la escarcha quemó las vides, y á esto siguieron tempestades que asolaron en muchos lugares campos y viñas. Algunas de estas últimas dieron un fruto escaso, otras ninguno, y los hombres, desesperando de Dios, dejaron entrar en ellas los rebaños y el ganado mayor, diciendo en su desesperación ciega: «¡Que nunca jamás crezcan aquí vides!» Los árboles dieron fruto dos veces en julio y en setiembre; y la epidemia en los ganados se recrudeció varias veces, tanto que apenas quedó una cabeza.

»Entretanto llegó á principios de setiembre una gran embajada de los godos para el rey Chilperico (6), que había regresado ya á Paris, donde mandó sacar de las haciendas reales gran número de siervos para que marchasen en carros (camino de España, como servidumbre de su hija). A muchos que lloraban y no querían partir hizo encarcelar para enviarlos así mas fácilmente con su hija (á España); otros muchos se dice que se quitaron la vida ahorcándose para no sufrir la triste suerte de ser separados de los suyos; el hijo fué arrancado de los brazos del padre; la hija de los de la madre; lamentos y maldiciones acompañaron esta separación, y tan grandes fueron los gritos de desesperación que se alzaban de Paris que parecían los de Egipto (7). Muchos hombres de buena familia, obligados á formar parte de la expedición, hicieron su testamento, dejando lo que poseían á las iglesias, y dispusieron que se abriesen tan pronto como la hija del rey (y ellos) hubiesen traspasado la frontera de España, como si desde aquel momento quedasen borrados de este mundo.

(5) Véanse las cartas en la colección de Bouet, libro IV, 82 hasta 9. El papa Pelagio II (578-590) y el arzobispo Lorenzo de Milan (573-593), el primero ya en 580 y el segundo en 583, habían excitado á Childeberto á librar la Italia de los longobardos. Véase Jaffé, *Re gesta Pontificum* n.º 684, y Bouquet, IV, 90; siendo también probable que la proyectada campaña de Childeberto á España fuese propuesta y en parte pagada ya por el gobierno de Constantinopla.

(6) Para conducir á España á Riguntia, hija de Chilperico y desposada con Recaredo.

(7) Cuando la muerte de los primogénitos, segundo libro de Moisés, 12-13.

»Entretanto llegaron también a París embajadores de Childeberto para avisar al rey Chilperico que no sacara nada de las ciudades del reino de su hermano Sigeberto que tenía en su poder, ni regalara nada de ellas a su hija, ni tocara a nada de cuanto había pertenecido a Sigeberto, como siervos, caballos, yuntas de bueyes y otras cosas. Se dice que uno de estos embajadores fué asesinado misteriosamente, recayendo la sospecha sobre el rey. Este prometió no tocar a nada; después reunió a sus caudillos y guerreros fieles y celebró las bodas de su hija, a quien entregó a la embajada goda y le dió grandes tesoros. También su madre le aprontó una cantidad considerable de oro, plata y ropas, tanto que cuando el rey lo vió, dijo que no quedaba ya nada para él. La reina al verle de tan mal humor se dirigió a los francos y dijo: «No creáis que aquí haya algo de los tesoros de los reyes anteriores; todo lo que veis que doy es de lo mío, porque el glorioso rey me ha hecho grandes regalos; algo también he acumulado con mi trabajo, y mucho de las fincas que me corresponden, ya en frutos ya en rentas; también vosotros me habeis enriquecido a menudo con vuestros donativos. De todo esto he tomado cuanto aquí veis, y nada hay aquí que sea del tesoro público.» Así fué engañado el rey, y eso que tanto abultaban los regalos, oro, plata y las alhajas que para su transporte se necesitaron cincuenta grandes carros. Los francos añadieron también muchos regalos, los unos oro, otros plata, muchos dieron caballos y no pocos vestidos; cada uno dió lo que pudo. Despedido que se hubo la jóven con lágrimas y besos, y emprendida la marcha, rompióse al salir de la puerta de la ciudad el eje de un carro, y todos gritaron: «¡Una desgracia!» (1) quiere decir un mal agüero.

»Al llegar a la octava piedra miliar desde París mandó la jóven levantar las tiendas para pasar la noche, durante la cual se levantaron 50 hombres que tomaron cien caballos de los mejores, con frenos dorados y dos grandes fuentes, y huyeron cerca del rey Childeberto. Así siguió todo el viaje; todos los que pudieron apoderarse de algo huyeron. En las ciudades por donde pasó la comitiva los habitantes tuvieron que dar la manutención, material y aparato con grandes gastos, porque para el viaje no dió nada el rey de su propio bolsillo; todo debían sufragarlo los pobres súbditos (2). Temiendo el rey que su sobrino pudiera muy bien armar una sorpresa a su hija en el camino, le había dado por escolta un pequeño ejército. Las personas más distinguidas que la acompañaron fueron los grandes jefes de ejército Bobo, hijo de Múmol, con su mujer, a manera de padrinos de boda; y además, Domigiselo, Ansovaldo y Vado, el mayordomo de palacio, ex-gobernador de Saintes. Todo el acompañamiento pasaba de 4,000 hombres; los demás jefes militares y funcionarios de palacio que acompañaron también a la princesa se volvieron atrás en Poitiers, y la comitiva continuó su camino como pudo, robando y asolando los pueblos en todo el camino de una manera que excedía a toda ponderación. Hasta las chozas de los pobres fueron saqueadas; en las viñas cortaron las uvas con las ramas; se llevaron los ganados, en fin, por donde pasaron nada dejaron. Allí se cumplió la palabra del profeta Joel, que dijo: «Lo que dejan las langostas devoran las orugas; lo que dejan las orugas comen los insectos, y lo que éstos dejan destruye la roya.» Así sucedió entonces allí; lo que dejó la escaracha, tronchó el granizo; lo que dejó el granizo, mató la sequía, y lo que escapó de la sequía se lo llevó la expedición.

»Entretanto que ésta avanzaba con su botín, se trasladó

(1) *Mala hora* (malheur), expresión neo-latina.

(2) Así viajaban entonces los reyes, sus mujeres e hijos, los embajadores y todos los altos funcionarios (Giesebrecht).

Chilperico, el Neron y el Herodes de nuestro tiempo, a su hacienda de Chelles, distante cien estadios (cosa de cinco horas) de París, y allí se dedicó a la caza; pero regresando un día, ya muy entrada la noche, y apeándose del caballo, apoyando una mano en el hombro del criado, acercóse un hombre, le hundió un cuchillo en el pecho por el sobaco y le dió otra cuchillada en el vientre. Al instante arrojó mucha sangre por la boca y por la herida abierta, y rindió su alma infame.

»La lectura de lo que precede demuestra hasta dónde llegó la protervia de este hombre. Muchas comarcas incendió y destruyó repetidas veces, gozándose de ello en lugar de sentir pena, como en otro tiempo Neron, que recitó versos de tragedia mientras el incendio devoraba su palacio. Con mucha frecuencia castigaba a las personas injustamente solo para confiscar sus bienes. En su tiempo recibían casi siempre laicos, y muy contados eclesiásticos, las sillas episcopales. La gula le dominaba y su vientre era su dios. Para él no había nadie más sabio que él. También escribió dos libros, queriendo imitar en cierta manera a Sedulio; pero sus pobres versos no tienen fuerza para sostenerse sobre sus piés, porque ponía sílabas largas en lugar de cortas y viceversa, pues nada entendía de esto. También escribió poesías cortas, himnos y cánticos, pero que de ningún modo pueden servir. No se cuidaba de los pobres; de los obispos hacía constantemente ludibrio y su mayor gusto era satirizarlos y burlarse de ellos entre sus privados, llamando a uno casquivano, al otro altanero, a éste crapuloso, a aquél derrochador, al otro insolente y al de más allá petulante; nada odiaba tanto como las iglesias, y a menudo solía decir: «Ved, nuestras arcas son pobres porque nuestras riquezas han pasado a las iglesias; solo gobiernan los obispos, nuestra importancia y los grandes honores han pasado a los obispos de las ciudades.» Así hablaba mientras destruía sin cesar testimonios hechos en favor de la Iglesia. Con frecuencia pisoteaba los mandamientos de su padre, diciendo que no había nadie que los observara. En materia de lubricidad y excesos no hay medio de imaginar cosas que él no hubiese hecho, y, al propio tiempo, inventó siempre nuevos tormentos para torturar al pueblo. Al que en su tiempo era juzgado culpable le hacía arrancar los ojos, y a las órdenes que enviaba en sus asuntos a los jueces, añadía siempre: «El que no obedezca nuestras órdenes será castigado con la pérdida de los ojos.» Jamás tuvo amor sincero a nadie, ni nadie le tuvo amor, y por esto apenas hubo muerto quedó abandonado de todos; solo el obispo Malulfo de Senlis, que ya hacía tres días que aguardaba en su tienda de campaña (3) sin haber podido ver al rey, tan pronto como supo lo ocurrido, acudió, lavó el cadáver, le puso vestidos mejores, pasó la noche velando y cantando himnos junto al cadáver, y después le trasladó a un barco y le dió sepultura en la iglesia de San Vicente (4), en París, donde se quedó la reina Fredegunda, alojándose en la iglesia principal.»

Nada hay que añadir a esta relación tan sencilla como expresiva, en la cual vemos retratados otra vez con admirable precisión los personajes, principalmente los francos, y la manera desastrosa con que esta raza inculta se condujo en el país infortunado que había invadido y conquistado. Vemos el carácter cobarde de la fiera Chilperico en la promesa que hace de no tocar a nada de cuanto había pertenecido a Sigeberto, y que, sin embargo, tenía en su poder, así como en el asesinato de uno de los embajadores de su sobrino Chil-

(3) Prueba de que no había habitaciones suficientes en la hacienda para dar alojamiento a forasteros, ni siquiera a un obispo. Los francos huían todavía entonces de viviendas cerradas.

(4) *Saint-Germain-aux-Prés*, fundada por Childeberto I.

deberto; y por lo demás, en la sumisión a su mujer, que con descaro vulgar cuenta en su presencia a los francos principales mentiras groseras sobre el origen de sus riquezas, que su codicioso marido mira con ceño adusto. Para dotar de numerosa servidumbre a su hija arranca a innumerables infelices del lado de sus familias, los cuales se consideran ya víctimas seguras de las peripecias que en adelante, de un modo u otro, han de ocurrir y en que el *ganado humano* pagaba siempre con sus cuerpos. La princesa, cuya marcha acompañaban tantas lágrimas, desesperación y malos augurios, era seguramente digna hija de tales padres, y en la primera noche empiezan ya a desertar nada menos que cincuenta hombres con cien caballos y objetos de gran valor. Los demás y toda la hueste de 4,000 hombres, destinada a proteger a la novia contra las asechanzas de su tío y primo, y que han de vivir sobre el país durante el viaje, roban, saquean, incendian y devastan con todos los horrores de la guerra, como la hacían los bárbaros, el propio territorio, hasta que la mayor parte de la servidumbre y de la escolta han desertado llevándose las riquezas que constituían el dote.

Gregorio de Tours dice, libro VII, 7, y libro X, 19, que Childeberto acusó a la reina Fredegunda de autora del asesinato de su marido, porque temía que se descubrieran sus relaciones adúlteras con Landerico, del cual hablaremos más adelante, mientras ella acusó del crimen al camarero Berulfo, a quien odiaba; pero de todo esto nada se ha podido averiguar, ni interesa tampoco.

Qué tal era entre los francos el estado habitual del infortunado pueblo sobre el cual dominaban, lo hemos visto ya suficientemente, y lo hemos inferido también de la relación del obispo historiador, que cuenta todas estas cosas como ordinarias y corrientes y las más veces no se irrita sino cuando el clero, sobre todo los obispos y la Iglesia, son los atropellados y saqueados. También tiene alguna conmiseración con el pobre pueblo, que trabaja y padece, pero siempre como cosa ya de costumbre. Igualmente se altera contra la mofa que Chilperico hacía entre los suyos de los obispos y contra la envidia con que miraba las riquezas y el poder que la Iglesia evidentemente tenía. Esto no impedía que Chilperico fuese ardiente católico; pero ni él, ni probablemente otro franco alguno, sin exceptuar los obispos francos, por él instalados para conceder a sus rudos guerreros más favorecidos un agradable retiro, podían comprender íntimamente el espíritu amable del cristianismo, a pesar de que componía a su manera himnos y otros cánticos de iglesia. En fin, Chilperico es el representante más completo del bárbaro cristianizado y cristiano porque le conviene y porque el cristianismo le da la posición que tiene.

CAPITULO VII

DESDE LA MUERTE DE CHILPERICO HASTA EL CONVENIO DE ANDELOT, O SEA DESDE 584 HASTA 587

Aquí intercala Gregorio un resumen de la vida del obispo Salvio, de Albi, que murió el 10 de setiembre del año 584 ó 585. De este resumen nos limitamos a extraer lo siguiente como más interesante:

«Vivió mucho tiempo vistiéndose y conduciéndose como seglar, ocupándose en cosas mundanas con otros funcionarios de la época, pero sin enredarse jamás en las pasiones a que suelen entregarse los jóvenes. Después, cuando el hálito divino le hubo tocado el corazón, abandonó el servicio del mundo y entró en un convento, porque habiéndose ya propuesto ganar la gloria eterna comprendió que era mejor vivir pobre, pero en el temor de Dios, que correr detrás de las

granjerías de este mundo perecedero. Mucho tiempo pasó en aquel convento, observando la regla adoptada por los padres sus moradores. Cuando murió el abad que lo dirigía, encargóse (Salvio) de la obligación de mirar por aquella grey, y si bien hubiera debido mostrarse entonces más que antes entre los hermanos para velar sobre la disciplina y sobre su conducta, vivió más retirado que nunca; se instaló en una celda más apartada, y eso que en la que había ocupado hasta entonces se había demacrado con su excesiva abstinencia, tanto que, según él mismo refirió, había mudado nueve veces la piel. Se despidió de los hermanos y ellos de él, y se encerró. En esta su reclusión vivió con mayor abstinencia todavía que antes; pero cuando alguien le iba a ver, oraba por él y le daba pan bendito, con gran diligencia. Este pan ha devuelto completamente la salud a muchos enfermos. Por fin, la celda tembló, iluminada súbitamente por una luz clarísima, y el santo levantó las manos al cielo y expiró dando gracias. Entonces unieron los monjes sus lamentos a los de su madre y sacaron el cadáver, le lavaron, vistieron y colocaron en un ataúd, y así lo velaron, llorando y cantando salmos; pero cuando por la mañana se hicieron los preparativos del entierro empezó a moverse el cuerpo dentro del ataúd, y con las mejillas coloradas abrió los ojos, como quien despierta de un sueño profundo. Entonces refirió lo que había pasado a su alma en su tránsito al cielo.»

Esta relación, hermana de otras análogas que se han conservado de la Edad media, es interesante porque nos da a conocer las ideas que entonces se formaba la gente acerca del destino del alma después de la muerte y del otro mundo.

«Cuando me encontrasteis yaciendo inanimado en mi celda hace cuatro días, me cogieron dos ángeles y me subieron tan alto hacia el cielo que ví debajo de mis piés no solamente esta sucia tierra sino también el sol, la luna, las nubes y las estrellas. Después fui introducido por una puerta más resplandeciente que la misma luz en aquella morada, en la cual el suelo brillaba como oro y plata. Allí había una claridad indecible, una magnificencia imposible de describir, y una multitud de almas de varones y hembras que se perdía de vista lo mismo a lo largo que a lo ancho. Delante de nosotros (tres) iban ángeles volando y abriendo para nosotros paso por entre la multitud. Así llegamos a un sitio que habíamos observado ya desde lejos, encima del cual estaba suspendida una nube más clara que toda clase de luz; allí no había ni sol, ni luna, ni estrellas, sino un resplandor más rutilante que toda luz natural, y de la nube salía una voz como el ruido de muchos ríos. Allí fui saludado, yo pecador, con ademán humilde, por muchos hombres en traje eclesiástico unos y en seglar otros, que mis guías me dijeron eran mártires y confesores venerados aquí (en la tierra) con gran respeto. Cuando me hube parado en el sitio que se me había indicado respiré un aroma tan suave, que reforzado con esta dulzura no sentí más necesidad ni de comida ni de bebida, y oí una voz que dijo: «Que vuelva éste al mundo, porque nuestras iglesias le necesitan.» Solo se oyó la voz, pero no se podía ver de ningún modo al que hablaba. Entonces me eché en el suelo y dije, vertiendo lágrimas: «Señor, te ruego; no apartes de mí tu compasión, y déjame morar aquí, a fin de que no vuelva yo allá abajo y me pierda.» Entonces dijo la voz: «Anda en paz, porque yo soy tu guarda hasta que te vuelva a traer a este sitio.» Después de referir esto el santo, con asombro de todos los que le oían, tomó otra vez la palabra y dijo entre lágrimas: «¡Ay de mí, que he tenido el atrevimiento de descubrir este secreto, porque aquel aroma suave que aspiré en sitio tan sagrado y que me ha mantenido estos tres días sin comer ni beber, ha huido de mí! Mi lengua está cubierta de grandes llagas y tan hinchada que es como